

Los Textos del Cardenal Ratzinger en Chile

Por J. Miguel Ibáñez Langlois

LA revista *Comunión y Liberación* ha tenido la feliz idea de reunir en su número 24, recién aparecido, la totalidad de los textos correspondientes a las varias alocuciones —conferencias, homilias, entrevistas, etc.— del cardenal Ratzinger en Chile. Bajo una mirada global, impresiona considerar dos factores contrapuestos de este pequeño libro: la gran variedad temática y formal de sus textos, y, al mismo tiempo, su rigurosa unidad de estilo: su definida personalidad teológica, reconocible incluso en sus improvisaciones de cara a la prensa. Hay un "estilo Ratzinger" de pensar, que se nos impone de punta a cabo en la diversidad de esta recolección.

En efecto, los géneros orales fueron variados, y los temas, múltiples: el poder de este mundo y el poder de Dios, los fundamentos bíblicos de la devoción por la Virgen María, el amor al prójimo en relación a la violencia, la confirmación como sacramento de la iniciación cristiana, las repercusiones teológico-morales de la fecundación *in vitro*, el examen de conciencia eclesial, a partir del caso Lefebvre, etc. Pero a lo largo de todos estos textos circula un lazo orgánico muy compacto, que podríamos descomponer en los siguientes hilos: la solidez indiscutible del bagaje teológico movilizado en cada ocasión; la sutileza espiritual de su exégesis bíblica; la diáfana limpidez de su raciocinio, que produce gozo intelectual; y, por fin, el realismo de sus conclusiones estrictamente prácticas. El discurso que comenzó muy arriba en la ciencia de Dios termina interpelando a cada auditor —a cada lector— de un modo eficazmente ascético, moral y existencial, con palabras comprometedoras en torno a las más vivas *quaestiones disputatae* de la actualidad.

Un rasgo típico de las exposiciones del cardenal Ratzinger consiste en

plantear cada problema a partir de una objeción descrita con descarnado realismo, y cerrar de tal modo el horizonte, que el lector se pregunta cómo podrá salir del cerco tendido por él mismo, para desplegar en seguida un vuelco de 180 grados, y terminar con una conclusión opuesta que es tanto más incontestable y rigurosa cuanto lo fue la objeción inicial.

Así ocurre visiblemente en el primer texto, que corresponde a la conferencia titulada *el poder de Dios, nuestra esperanza*. En un primer momento, el panorama de la historia humana se nos describe con rasgos tales, que Dios parece reducido literalmente a la impotencia en este mundo. Parece que el poder sólo es tal cuando domina u oprime, y que Dios mismo debería plegarse a esta exigencia si quiere tener alguna oportunidad —por así decirlo— en la historia. Como recuerda el autor en otra parte, ya Celso en el siglo III argumentaba así contra Cristo: "¿Qué queréis? No podéis salvar a la humanidad con un crucificado, con un hombre fracasado". Pero es justamente la identificación del poder divino con el poder político y técnico lo que el cardenal Ratzinger nos revela como la peor de las mistificaciones.

El poder de Cristo existe, es incluso omnipotencia —es el poder de un resucitado de la muerte pero posee una naturaleza radicalmente distinta: pasa por el anonadamiento de la cruz y alcanza su plenitud en la libre obediencia al Padre todopoderoso. Es un poder según el ser y el amar, y por eso expresa la verdad última de Dios creador. Es el poder del Amor Supremo. Sus efectos en este mundo —a través de la Iglesia— tienen ese mismo carácter sobrenatural y salvífico. A partir de esta verificación, el cardenal describe con dramática vivacidad cómo debe ser el accionar de los ministros de Dios si quie-

ren actuar con el poder salvador que viene de lo alto y no con los seductores poderes de este mundo: como transparentes sacerdotes de Cristo y no como simpáticos asistentes sociales.

El mismo procedimiento de dar vuelta una objeción poderosa es el que desarrolla el cardenal Ratzinger en su clase magistral en la Universidad Católica: *Una mirada teológica sobre la procreación humana*. A partir de la fecundación *in vitro*, el autor describe de tal modo los mecanismos bioquímicos de la "reproducción" del ser humano, que la antigua palabra "procreación", con toda su carga teológica y su nexos con la "creación" divina del hombre, parece algo arcaico y superado, que impediría hablar de Dios y su ley a propósito de la genética humana.

Sin embargo, de la propia crisis e insuficiencia de aquella terminología bioquímica y reduccionista —que deja demasiadas cosas sin explicar acerca del hombre y su origen—, el cardenal hace brotar el esplendor inalterado y aun fortalecido de la vieja manera de hablar, el creacionismo, potenciado por la objeción crítica: la génesis de la persona humana llama en causa al Creador mismo en virtud de ese *plus* ontológico del ser personal; no se deja reducir a los mecanismos de la reproducción, sino que se abre a aquello que es específicamente humano en el hombre: el don de la persona, manifiesto en el hacerse una sola carne el hombre y la mujer al procrear. Debe notarse, junto al recurso bíblico, tanto la solvencia científica de este argumento como su sugestivo comentario de un hermoso pasaje del *Fausto* de Goethe.

También es digna de destacar en estos textos la brillante exégesis de algunos episodios bíblicos, como la tercera tentación de Cristo en el Desierto, la creación del primer hombre, la tentación y caída de Adán, el himno del

Magnificat... He aquí un radiante ejemplo de la exégesis bíblica según la fe de la Iglesia, contrapuesta a aquella otra lectura que el autor describe así: "La exégesis histórico-crítica puede ser una ayuda inmensa para una mejor comprensión de la Biblia cuando sus instrumentos científicos se utilizan con aquel amor respetuoso que se esfuerza por captar el don de Dios lo más exacta y cuidadosamente posible. Pero tal exégesis se equivoca en su tarea cuando deja de ser camino hacia un escuchar más atento, sometiendo el texto a una especie de tortura, por así decirlo, hasta arrancarle forzosamente las respuestas que él nos quería negar".

El ejercicio exegético más límpido de estos textos se desarrolla en la conferencia titulada *Tú eres la llena de gracia, y cuyo subtítulo es Elementos para una devoción mariana bíblica*. Aunque esta conferencia se dio en el Seminario Pontificio de Santiago y para los seminaristas, yo me permito recomendarla como un texto óptimo para protestantes de buena fe que se preguntan sinceramente el porqué de la inmensa devoción católica por María. Ellos encontrarán en este ensayo una formidable respuesta bíblica a esa pregunta.

La impresión de conjunto de estos textos variados es la siguiente: estamos frente a un teólogo: en el cardenal Ratzinger nos ha sido dado ver el teólogo en acto. El viejo título de teólogo, tan abaratado hoy por figuras mínimas que se adjudican a sí mismas esta condición, vuelve a adquirir aquí su pasada grandeza en la forma de una palpitante actualidad, y su mayor hondura en expresiones simples que se hacen asequibles a un público no experto en la materia, produciendo en todos sus desarrollos una memorable clarificación de las conciencias.

Fuegos De la Memoria

Por Fernando de la Lastra

PANCHITA Ossandón, así por todos llamada y apreciada —y por qué no decirlo, también admirada—, mantuvo un elocuente silencio de cinco años para dar a luz su octavo libro de poemas con el sugerente título "Fuegos de la Memoria". Es sabido que las brasas producen lumbre y sólo un pequeño golpe de viento hace que éstas se transfiguren en llamas. Así, durante los cinco años que Panchita mantuvo a media luz la lámpara de su inspiración, fue el tiempo justo y necesario para que ésta reviviese en luminosos fuegos, pero emanados de la memoria, aquella cualidad que, a veces, tanto nos hace sufrir o alegrar. Sólo en los incendios y en el purgatorio existen las hogueras y las llamaradas. Pero las almas de los poetas suelen estar provistas de hermosos y cálidos fuegos interiores que sólo ellos tienen el poder mágico de encenderlos y de propagarlos. Al fin y al cabo es uno de los alimentos primarios de la poesía junto a los elementos agua y tierra: calor, vida y sentimiento. La emoción sería el cuarto elemento, sin la cual no existiría la vitalidad que la poesía requiere.

Recordamos con gran cariño al "Grupo Fuego de Poesía", cuyo aporte a la poesía chilena ha sido gigantesco. ¿Cuántos poetas son deudores de esta epopeya quijotesca, de su fundador, el poeta Carlos René Correa? Esta entidad nació el 28 de abril de 1955 en los comedores del Círculo de Periodistas. Y ya en sus 33 años de vida ha publicado en su colección a más de 100 autores. Sería interesante algún día proporcionar la lista de ellos y de sus obras.

En 1957 publicamos, bajo el sello de este grupo, nuestro segundo libro: "39 Poemas". También Francisca Ossandón publica, el mismo año, su segunda obra: "La Mano Abierta al Rayo". Por su parte, la obra de Carlos René Correa supera la veintena de títulos, todos dignos, de genuina poesía, que la modestia de su autor le impide pregonarlos. Su vida la ha entregado, menesterosamente, silenciosamente, a la poesía, a los poetas, a nuestras letras desde aquella lejana época en que era redactor y crítico literario de *El Diario Ilustrado*. Su esposa, María Silva Ossa, extraordinaria poetisa, ha sido su compañera y su musa.

Fuegos de la memoria

Poemas

Francisca Ossandón

Carlos René publicó su última y valiosa obra "El Universo Perdido" recién el año pasado, y constituye uno de los buenos libros de poesía, por su oficio, fineza, profundidad y buen uso del idioma, de los últimos tiempos. Está dedicado a su señora, a sus hijos y a sus nietos.

Pero volvamos a los "Fuegos de la Memoria", de Francisca Ossandón, poetisa por vocación y zapallarina de oficio. Este libro está constituido por 30 poemas, los cuales, a su vez, están divididos en cuatro capítulos. Siempre Zapallar está presente: Su paisaje, su gente, su madre, su cerro de La Cruz, su hermosísimo cementerio. Y, desde luego, siempre ese mar de oleajes diferentes con los pinos a sus espaldas. Y también Grecia, patria de la cultura "en cuyo mar lava sus angustias".

Su poesía es depurada, como pasada por cien filtros. El amor y la muerte; el primero en la memoria y en el presente, en tanto la segunda, "igualándola". En ella pareciera presentir "un viento jamás sentido / cerca su presencia amable en misterioso desenfreno. / Mi dolor prendido a la memoria y su cerco tenebroso..."

La presencia de Francisca Ossandón en la poesía chilena está ya absolutamente cimentada. Escribe versos con el alma triste frente a un mundo cada día más duro. Desde su primer libro "Humo Lento" (1954) hasta el que comentamos no se sale de parámetros muy precisos: mantiene una constante que es la consecuencia de una firme disciplina y de un invariable estilo de vida. Su prologuista, Edmundo Herrera —ex presidente de la Sociedad de Escritores de Chile—, nos dice: "Fluida, genuina, directa, intuitiva, penetra más allá de la lógica. Sus palabras saltan como llamaradas y tocan el fondo de la conciencia y maravillan sus llamaradas. Poesía de adivinación, de anticipación". Todo esto y mucho más podremos encontrar en la lectura de los poemas de "Panchita". Y nos alegramos por la poesía...

La edición, como todas las de Editorial Universitaria, es impecable en su diagramación y presentación. Está constituida por 500 ejemplares.

La Ceniza y el Rayo

(LA CENIZA Y EL RAYO por Frédéric Tristan. Editorial Laia. Barcelona, 1988. 202 páginas.)

EL interés de F. Tristan por las cuestiones relacionadas con el pensamiento oriental le ha llevado a elaborar una doble aventura en torno a la historia de la *Sociedad del Cielo y de la Tierra o Gran Triada*.

El autor ha seguido los acontecimientos históricos que figuran en crónicas, leyendas y poemas de la literatura china, inspirándose fundamentalmente en las obras de Wu Thian Ching. El cuento empieza describiendo la acción del Emperador T'ien K'i ante la

invasión tártara y las traiciones de los cortesanos y de los militares durante el reinado de su hijo Tch'ong Tchen. Esta infidelidad se contraponen a la lealtad de los monjes budistas que, apelando a su fe, logran vencer al enemigo.

Más adelante, crea varios episodios fantásticos protagonizados por dragones, consejeros de Buda, dioses taoístas, figuras mitológicas, etc., para explicar el paso de la religión budista a la filosofía taoísta, así como la fundación de la Sociedad Hung, enraizada en el proverbio "la ceniza es la madre del rayo".

En otro nivel, describe la lucha en-

tablada con el fin de restaurar a los emperadores Ming, recurriendo a la alquimia y al esoterismo; es el Gran Combate, que según la leyenda constituye la amalgama universal necesaria para que "el uno se realice en el todo".

Sobre esta dramática evolución de la dinastía Ming (1368-1644), establece el autor una segunda aventura, consistente en hacer un viaje al interior del hombre. Para ello, va situando a los personajes en un enfrentamiento continuo, con el fin de destacar que "en el mundo hay dos fuerzas que jamás dejarán de combatirse". Juega con las situaciones y con las personas, tratando

de encontrar "lo invisible tras lo visible".

La fábula, según indica Tristan en el prólogo, se puede observar desde distintos ángulos; histórico, moral, mítico y metafísico. Pero este ambicioso propósito queda desdibujado. Aunque hace un planteamiento ingenioso de la lucha entre el bien y el mal, y exalta al hombre que es fiel a sus creencias e ideales, no llega a clarificar el sentido trascendente que busca, quedándose en la expresión de un sincretismo filosófico-religioso y afirmando que "los dioses han nacido de los hombres".

Ana Comeche.